

conmemoraba más bien la Presentación del Niño-Dios en el templo, podemos afirmar que la primera de estas fiestas, por lo menos en el orden cronológico, fué la del *Natale* de María, que recibió también el nombre de *Dormitio*, de *Pansatio*, y, finalmente, el de Asunción. Y no es aventurado suponer que este culto nace junto al sepulcro de la Virgen, en Efeso o en Jerusalén, más probablemente en Jerusalén, que tenía títulos más fundados para reclamar esta gloria. Nos cuenta el historiador Nicéforo que el emperador Marciano, deseando enriquecer su capital con toda suerte de reliquias, escribió a Juvenal, obispo de Jerusalén, reclamando el cuerpo de María; pero, habiéndole contestado el obispo que el cuerpo de María estaba en el cielo, tuvo que contentarse el emperador con unos puñados de tierra del sepulcro, que fué depositada en el palacio de Blaquernas.

No debió tardar mucho en aparecer la fiesta de la Natividad, que se celebraba ya en Constantinopla durante el siglo VI, y que un siglo después era aceptada en Roma, pues si no la conocía aún San Gregorio Magno, se alude a ella en el *Liber Pontificalis*, hablando del Papa Sergio, y un poco más tarde empieza a celebrarse también la solemnidad de la Anunciación, de la cual encontramos el primer testimonio en una homilía de San Sofronio, obispo de Jerusalén. Así, pues, esta fiesta, como todas las demás, incluso la de la Inmaculada Concepción, tienen su nacimiento en Oriente, y como importación bizantina, se extenderán por todas las regiones occidentales. Según parece, fué España la que más tardó en aceptar estas festividades de origen oriental, ya que ella tenía su fiesta mariana propia, la del 18 de diciembre, establecida por el VIII concilio de Toledo en 648.

Convertida así en objeto preferente del culto litúrgico, María empezó a recibir los ho-

menajes más entusiastas de la devoción cristiana. El pueblo fiel se ingenió en prodigarla todas las señales de su devoción filial, consagrando iglesias en su honor, representándola en los principales misterios de su vida, procurándose reliquias suyas y cantándola en himnos inflamados. En 431 el concilio de Efeso proclamaba su derecho al título de Madre de Dios en una basílica dedicada a su nombre. Poco después, el Papa Sixto III restauraba, ampliaba y decoraba en Roma la basílica liberiana, que con el nombre de Santa María la Mayor, será el primer edificio dedicado a la Santísima Virgen en Occidente. En España la primera iglesia en honor de la Santísima Virgen de que tenemos noticia es la que levantó Recaredo en Toledo, poco después de la conversión del pueblo visigodo al catolicismo. Todavía conservamos la lápida, en que consta su dedicación.

Pero si la simple dedicación de una iglesia o de un altar a la Madre de Jesús se consideraba como un medio para obtener su intercesión, mucha mayor eficacia se atribuía a la posesión y veneración de sus reliquias. Nadie pretendía tener su cuerpo, puesto que el cielo se lo había arrebatado a la tierra, pero se mostraban y conservaban con amor muchas cosas que habían sido santificadas por su contacto o la relación que habían tenido con ella. En este aspecto, nadie podía competir con los cristianos de Palestina, aunque no siempre los objetos que pretendían poseer tuviesen la huella indubitable de la autenticidad. Hacia el año 570 los peregrinos occidentales veneraban en Diocesárea la escudilla y el cesto que María tenía junto a sí en el momento de la Anunciación, y hasta la silla en que estaba sentada. Su casa de Nazaret, convertida en basílica, conservaba algunos de los vestidos que había llevado, y en una iglesia de Jerusalén se mostraba su coñidor